Predica 2 Domingo de Adviento 2020- Populus Sión (pueblo de Sión) He aquí viene tu Salvador (Isaías 62:11b)

1 Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham:
2 Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos (Mt 1:1-2)

Las personas que investigan su ascendencia a menudo esperan descubrir que están relacionados con alguna gran figura histórica. Las genealogías están alimentadas por la curiosidad de ver qué historias interesantes se pueden descubrir y hasta dónde se puede llegar.

El árbol genealógico de Jesús en el Evangelio de Mateo inicia en Abraham. No sólo es Jesús un descendiente del Rey David, sino que su línea se remonta al Padre Abraham. Es el tipo de genealogía que emocionaría a quien pudiera encontrar algo semejante. La busqueda del linaje de Jesús hasta Abraham sería ciertamente una gran fuente de orgullo para cualquier judío de los días de Jesús. Fue ese linaje por el que hace mucho tiempo recibieron la tierra en la que vivían. Pero para los que llegaron a comprender, no era la tierra lo importante sino solo Jesús . Y Mateo nos habla de esta genealogía desde Abraham para que podamos entender que;

A través del Hijo, Dios le prometió a Abraham, y a través de su Hijo Mayor, y sus descendientes que han heredado un mejor reino.

I.

Dios llamó a Abram de la tierra de Harán y le dijo que fuera a una nueva tierra donde lo convertiría en una gran nación, aunque ya estaba muy avanzado en años. De hecho, Dios llega a decirle a Abram que todas las familias de la tierra serían bendecidas a través de él. Entonces, Dios le prometió a Abram que Sarai daría a luz un hijo y que sus descendientes serían tantos como las estrellas del cielo. Abram era viejo y Sarai se consideraba estéril. Todas las pruebas parecían indicar que esto no sería posible. Pero todas las cosas son posibles para Dios.

Abram creyó en la Palabra de Dios, y el Señor se la consideró como justicia. De Abraham vendría Isaac, luego Esaú y Jacob, y luego sus descendientes continuarían creciendo en número hasta el niño nacido de José y María, un cumplimiento de la promesa de Dios al patriarca Abraham.

II.

Las personas que han realizado su prueba de ADN para descubrir a sus ancestros, posiblemente se han desepcionado de no encontrar algo relevante en su arbol genealogico, todos los antepasados son personas normales y comunes.

Lo mismo puede decirse del árbol genealógico de Jesús. Abraham no era en realidad nada especial. Mientras que su esposa, Sara, debió ser muy atractiva para llamar la atención de dos reyes diferentes, Abraham fue tan cobarde que repetidamente afirmaba que era su hermana en lugar de levantarse para defender su matrimonio.

Cuando Sara le indicó a Abraham que buscara un heredero a través de su sirvienta Agar, Abraham no honró a Sara y en su lugar tuvo un hijo fuera del plan de Dios, tambien hoy dia es a veces un descubrimiento común en los árboles genealógicos. El padre de muchas naciones también transmitió a sus descendientes un legado de mentiras y lujuria, engaño y adulterio. Abraham no era realmente nadie especial. Era sólo otro pecador, como su padre Adán, que transmitiría una herencia a los que vendrían de su semilla, corazones duros y actos pecaminosos.

En los días de Jesús, definitivamente había quienes sentian por que estar orgullosos por el hecho de que eran descendientes de Abraham y sentían que era la fuente de una posición especial ante Dios y ante otras personas.

Aquellos que afirmaban ser la descendencia de Abraham estaban seguros de que nunca serían esclavos de nadie. A pesar de lo ridículo de tal declaración, no vieron cómo habían sido esclavizados por su propio pecado. Al igual que Abraham antes que ellos, el pecado también los

había atrapado, y a menos que fueran llevados a la fe, la promesa de Dios dada a Abraham sería anulada. No era que la promesa de Dios les fallara, sino que los descendientes de Abraham habían fallado, rechazando tanto la promesa de Dios como al prometido rey enviado.

Somos realmente hijos de Abraham porque también somos aquellos que no pueden ser salvados por nuestro linaje, nuestra obediencia o nuestras buenas acciones. Como Abraham, hemos fallado una y otra vez, caímos en los mismos pecados repetidamente, y, como los fariseos, hemos confiado en nuestra familia o en nuestro estatus, o quizas en nuestro propio orgullo. La única diferencia entre Abraham y los fariseos era la fe. Todos eran pecadores, pero Abraham estaba "plenamente convencido de que Dios era capaz de hacer lo que había prometido" (Rom 4:21).

III.

Abraham es, por lo tanto, una lección de humildad para todos nosotros. No ponemos nuestra esperanza y confianza en un derecho de nacimiento, sino en aquel que nació para y por nosotros. Dios miró a Abram y Sarai y su necesidad, y, en su amor, les prometió un hijo. Dios miró la necesidad de todos sus amados hijos, y su solución, su respuesta, su manera perfecta de hacer las cosas bien fue prometer un hijo. Dios ciertamente cumplió su promesa a Abram enviando un hijo, Isaac. Pero la última forma en que Dios satisfizo la necesidad de Abram y Sarai y toda su creación fue enviando a su propio hijo, Jesús. Porque Jesús era el hijo de Abraham, sacrificado en lugar de Isaac, Abraham y todos los descendientes de Abraham.

La promesa que Dios le dio a Abraham se cumple cada vez que una persona es bautizada en el nombre del Dios Trino.

También se cumple cuando se proclaman las promesas de Dios y se lleva a la gente a la fe salvadora a través de la obra del Espíritu Santo. Dios continúa criando hijos para Abraham, ya que son hechos hijos e hijas de Abraham a través de la fe en Jesús. La promesa que Dios le hizo a Abraham se ha cumplido, porque todas las promesas de Dios encuentran su sí en Cristo. Dios nos ha llamado como llamó a Abraham antes que nosotros, y hemos recibido sus promesas por la fe.

IV.

Podemos imaginar como Abraham se sintio al iniciar el recorrido hacia la tierra prometida, fue llamado para realizar una aventura en la cual no veia final, por caminos aun no recorridos por nadie, a travez de peligros desconocidos, lo que tenia Abraham seguro, era su fe, porque Dios se lo habia prometido.

Y asi fue por el camino del desierto, hacia una nueva e invisible tierra. Pero él caminó por la fe, no por la vista. Caminó hacia adelante, confiando en que Dios lo guiaba y apoyandose en su amor. En nuestros grises y últimos días, nos acosan tantas y tan grandes tentaciones. La vida en este mundo caído significa que la amenaza del enemigo está siempre presente. Nos invaden temores, preocupaciones, acusaciones sobre nuestra vida, insertidumbre por el futuro incierto para nosotros por sobre todo en estos momentos complicados. Vivimos con ansiedad por nuestro incierto futuro. Pero Dios nos perdona por nuestros miedos y dudas por el bien de Jesús. El Espíritu Santo nos santifica y nos mantiene en la verdadera fe, incluso cuando a nuestro alrededor hay cosas que nos llevan a la desesperación.

Nuestra confianza es que Dios nos ha hecho hijos e hijas de Abraham por la fe en Jesús. Porque nosotros también esperamos un reino mejor, el celestial, la tierra prometida. Nos enfrentamos cada día, por lo tanto, con buen coraje mientras caminamos por la fe y no por la vista o como viajamos hoy en dia, con el GPS, y mientras esperamos el cumplimiento de la tierra prometida que está por delante en la resurrección en el último día.

Así que nos atrevemos a reclamar a Abraham como nuestro padre, no por algo especial en él, sino porque, como él, creemos en las preciosas promesas de Dios.

En el nombre de Jesús. Amén.